

«género humano si se reformase la educacion de la juventud; pero no podrá obtenerse fácilmente este resultado sin el concurso de personas, que, á la buena voluntad y conocimientos, no agreguen el prestigio de la autoridad. Los Jesuitas podian hacer cosas admirables, especialmente cuando considero que la basa principal de su Instituto religioso estriba en la educacion de los jóvenes: sin embargo, á juzgar por lo que observamos en la actualidad, no ha correspondido plenamente el éxito á las esperanzas, y estoy muy distante de opinar en esta materia como Bacon, que, cuando se trata de mejorar la instruccion, se contenta con remitirnos á las escuelas de los Jesuitas.»

La cuestion ventilada entre estos dos genios del protestantismo solo es de mas ó menos. Mientras que Bacon lo encuentra todo perfecto en el orden y objeto de los estudios; mientras que admira el método práctico de los Jesuitas, su celo y maestría en el arte de formar la juventud; Leibnitz, que los defiende y se honra con su amistad, cree que el Instituto no ha pronunciado todavía su última palabra, y lo llama á la realizacion de su cristiana utopía. Ambos discordaban en opiniones sobre el plan adoptado: el uno aprobaba sin reserva; el otro deseaba que se modificase para que fuesen mas completos sus triunfos; la verdad, empero, existe entre el elogio y la acriminacion condicional, que puede aplicarse á todas las obras del hombre. Y sea como quiera, lo que resalta evidentemente de las palabras de ambos filósofos es, que los Jesuitas carecian á la sazón de competidores en Europa respecto á la educacion de la juventud; y como lo ha dicho el erudito abate Emery, á quien tantas veces consultó el emperador Napoleon ¹: «Han expulsado á los Jesuitas, han rechazado su método; pero ¿con qué los han reemplazado? ¿Qué ha resultado de tantos nuevos sistemas de enseñanza? ¿Son ahora los jóvenes mejor educados? ¿Han pasado sus costumbres á ser mas puras? ¡Ah! su presuntuosa ignorancia, agregada á la corrupcion de sus costumbres llevada á su apogeo, impulsan á la mayor parte de los hombres honrados á echar de menos las personas y el método de sus antiguos maestros.»

¹ *Pensamientos de Leibnitz*, por Mr. Emery, p. 429 (ed. de 1830).

CAPÍTULO XXIX.

Reflexiones acerca los escritores de la Compañía de Jesús. — Su punto de vista. — Los Jesuitas juzgados por Voltaire, de Alembert, Lalande y el abate de Pradt. — Primeros teólogos de la Orden. — Laynez y sus obras. — Modo de estudiar y comprender su genio. — Salmeron y Canisio. — Possevino como teólogo y diplomático. — Los sabios de la Compañía. — Toledo y Belarmino. — Su ciencia. — Los controversistas y sus obras. — Los PP. Wetter y Garasse. — Causas de las hipérboles escolásticas. — Suarez y Cornelio Alápide. — Los comentadores de la sagrada Escritura. — Trabajos de los Jesuitas sobre la Biblia. — Los Jesuitas traductores de los santos Padres. — El P. Sirmond y Teófilo Raynaldo. — El P. Labbe y los recopiladores de los concilios. — Hardouin y Petau. — Carácter del talento de Petau. — Los teólogos relajados. — Escobar y Busembaum. — Utopias teológicas de los Jesuitas. — Sus proposiciones escandalosas. — Explicanse estas. — Sus tendencias. — Los ascetas. — Los PP. Nouet, Judde y Gonnelleu. — Efecto que produjeron en el mundo estos Jesuitas. — Los filósofos. — Motivos que han impedido á los Jesuitas el contar entre ellos un gran número de filósofos. — Malapertuis y Fabri. — Suarez y su metafísica. — Gracian y sus obras de moral. — Boscovich y Buffier. — El P. Guenard y la academia francesa. — La elocuencia del púlpito y la improvisacion. — Los Jesuitas oradores. — Misioneros. — Diferencia entre ellos. — Pablo Segneri y los predicadores italianos. — Los portugueses y los españoles. — El P. Juan de Isla hace la crítica de sus defectos. — Los belgas. — Los alemanes y Santiago Wurz. — Los franceses y Claudio Lingendes, creador de la elocuencia sagrada en Francia. — Bourdaloue, La Rue y Cheminai. — El P. de Neuville y el siglo XVIII. — Los Jesuitas historiadores. — Los historiadores de la Compañía. — Orlandini, Sacchini, Juveny y Bartoli. — Los biógrafos. — Historiadores eclesiásticos y profanos. — Mariana y Pallavicini. — Estrada y Maffei. — De Avrigni y Daniel. — Baugeant, Longuebal, Brumoy y Berthier. — Carácter de estos escritores. — Du Halde y las *Cartas edificantes*. — Berruyer y Griffet. — Los Jesuitas anticuarios. — Ciencia epigráfica de los Padres. — Los Jesuitas bolandistas y los agiógrafos de la Compañía. — Los Jesuitas geógrafos. — Jurisconsultos. — Matemáticos. — Clavio y sus discípulos. — Guldin y san Vicente. — El P. Lallovere y Pascal. — Riccati y el cálculo integral. — Descubrimientos de los PP. Riccioli y Grimaldi. — Estudios sobre la luz y los colores. — El P. Pardies, geómetra. — El Padre La Hoste y los marinos. — Los Jesuitas hidrógrafos. — El P. Zuchi y el telescopio. — El P. Kircher y sus trabajos. — El globo aerostático inventado por el P. Gusmao. — Es delatado al Santo Oficio. — El P. Lana y sus descubrimientos. — Los Jesuitas mineralogistas. — Pintores y relojeros. — Astrónomos. — Descubre el P. Scheiner las manchas del sol. — Anticipase Eschinardi á Cassini en el descubrimiento del gran cometa aparecido en 1668. —

Deschales y los colores. — El P. Boscovich. — Crean los Jesuitas los principales observatorios de Europa. — Descubre el P. Paez el origen del Nilo. — El P. Marquette en la embocadura del Mississipi. — Los Jesuitas en el Orinoco. — El P. Manuel Roman. — Descubre el P. Albanel la bahía de Hudson. — Los Jesuitas y la quina. — Descubrimiento del ruibarbo, de la vainilla y la goma elástica. — El chinsang y la porcelana. — Los Jesuitas literatos y poetas. — Sarbiewski y el P. Le Moine. — Rapin y du Cygne. — Bouhours y Vanière. — Tournemine y Bettinelli. — Berthier y el *Diario de Trévoux*.

Acabamos de explicar el plan de estudios seguido por la Compañía; y antes de anudar el hilo de los sucesos, creemos deber trazar un cuadro de los grandes hombres que ha producido este plan. Empero, para hablar de tantos autores célebres por tan diferentes títulos, para reunir en un solo punto al controversista y al poeta, al historiador y al geómetra, al orador y al erudito, al gramático y al astrónomo, al sabio de los salones de París ó de Viena, y al de la corte de Pekin, cumple ante todo determinar cómo deben ser considerados. Un escritor que pretende pronunciar un juicio relativo á tantos otros predecesores suyos, fuerza es que desprendiéndose en cierto modo de las ideas ó de los preceptos que tiene como arraigados en su mente, coloque á los sujetos, cuyas obras va á discutir, en presencia de sus contemporáneos y de sus rivales. Toda grandeza humana es relativa, y, para ser apreciada, necesita un término de comparacion: pero este término no debe ser tomado ni en el estado actual de la Religión, de las ciencias, letras y artes, ni aun en las animosidades, ó en la ignorancia con que podrian ser acogidos los estudios teológicos y morales. Los literatos de otra edad, de otra creencia y de otro sistema, tienen un derecho á ser estudiados con su siglo; como nosotros para ser juzgados un día, caso de ser necesario un juicio, exigiremos que se tengan presentes los sentimientos que agitaban nuestro corazón, y el movimiento del ánimo que nos impulsaba, cuando entregábamos á la opinión pública los conceptos de nuestro entendimiento. Al principiar este capítulo hemos tropezado con un sofisma, del que ya hemos tratado de defendernos. No buscamos en la Compañía, ni grandes capitanes, ni grandes revolucionarios, ni grandes novelistas, ni esas ilustraciones parásitas que, nacidas en un día de entusiasmo ó de charlatanismo, basta una sola ráfaga de razón para disipar su gloria efímera: tomamos los hombres en la situación que les ha sido hecha.

Sin reprochar á la magistratura el no haber formado estratégicos generales, ni al arte militar el no haber producido magistrados íntegros, nos contentaremos con examinar si los Jesuitas han desempeñado su misión, y si tanto por su talento como por su trabajo han respondido al deber social que se habian impuesto. Este deber no era otro que el de la propagación y defensa del cristianismo por medio de la palabra, del escrito y en especial del ejemplo. Para ello necesitaban doctores y mártires: nosotros esperamos de su Instituto sacerdotes que se distingan en la carrera del orador y del polemista, al par que letrados, sabios y poetas que agreguen el arte de bien vivir al de escribir bien.

Hase agitado con bastante frecuencia una cuestión. La Sociedad de Jesús, han dicho sus adversarios, no ha creado jamás hombres de ingenio. ¿Qué pretenderán darnos á entender por esta palabra mágica? El filósofo Séneca no la vislumbraba sino al través de una mezcla de locura. *Nullum est, dice, magnum ingenium sine mixtura demenciae*. Villemain definió al ingenio: «Un alto grado de originalidad en el lenguaje, una fisonomía natural «y expresiva, y una cosa, en fin, que ha sido hecha por un hombre sin que le fuese dado á otro el poder hacerla¹.» Semejantes definiciones, siempre más especiosas que justas, y en las cuales la singularidad de la expresión se esfuerza en cubrir la insuficiencia del raciocinio, no son jamás razones concluyentes. Mas si el genio es la invención unida á la paciencia, es necesario convenir en que desde Ignacio de Loyola y Laynez, hasta los PP. Kircher, Berthier, Andrés Tiraboschi y Boscovich, la Compañía no ha carecido de esos hombres en todos los géneros. Para convenirse de esta verdad no hay sino registrar hoja por hoja las obras de Bacon, Leibnitz y Descartes. El filósofo de Alembert, Lalande, ese sublime astrónomo cuyo nombre ha hecho famoso un ateísmo sistemático; el abate de Pradt, ese arzobispo que legó Napoleon al liberalismo naciente; todos en fin convienen en demostrar con Voltaire² «que han existido entre los Jesuitas escritores de un raro mérito, literatos eruditos, hombres elocuentes, «y genios.» De Alembert, más frío y rencoroso que su maestro, se expresa de este modo³: «Añádase á eso, porque es preciso

¹ *Curso de literatura de la edad media*, lección IX, página 316.

² *Diccionario filosófico*, art. *Jesuitas*.

³ *Destrucción de los Jesuitas*, por de Alembert.

«ser justos, que ninguna otra sociedad religiosa sin excepcion, «puede gloriarse de contar en su seno un número tan prodigioso «de hombres célebres en las ciencias y letras. Los Jesuitas se han «ejercitado con buen éxito en todos los géneros: elocuencia, his- «toria, antigüedades, geometría, literatura profunda y agrada- «ble; no existe clase ninguna de escritores en que no cuente su- «getos de raro mérito.» «Yo que los he visto de cerca, decia La- «lande en sus *Anales filosóficos*¹, solo he observado un pueblo de «héroes.» Y encareciendo aun este juicio, añadía²: «El nom- «bre de Jesuita interesa mi corazon, mi alma y mi gratitud. No «se puede negar que Carvalho y Choiseul han destruido para «siempre la obra mas hermosa de los hombres, objeto eterno de «mi gratitud y admiracion, y á la que jamás podrá aproximarse «ningun establecimiento sublunar.»

Y continuaba el filósofo ateo: «La especie humana ha perdido «para siempre ese conjunto precioso y sorprendente de veinte mil «súbditos ocupados sin descanso y sin interés en la instruccion, «predicacion, misiones, reconciliaciones, y en socorrer á los mo- «ribundos; es decir, en las funciones mas gratas y útiles á la hu- «manidad.»

El abate de Pradt, atacando á la Compañía de Jesús en nom- bre de la libertad revolucionaria, que no es mas que un despotis- mo mas atroz, exclamaba en su estilo arrebatado³: «¡Qué insti- «tucion! ¿Hubo jamás otra mas vigorosa entre los hombres? ¿Qué «son las humildes virtudes de los demás cenobitas al lado de es- «ta virilidad de genio? ¿Cómo ha vivido el jesuitismo? y ¿có- «mo ha sucumbido? Á la manera que los Titanes, bajo los rayos «reunidos de todos los dioses del Olimpo terrestre. Pero ¿al as- «pecto de la muerte se ha congelado por ventura su valor? ¿les «ha obligado esta á retroceder un paso? *Sean como son*, hase di- «cho, ó *no sean*: hé aquí lo que se llama morir de pié, y á la ma- «nera de los emperadores. Por este inmenso valor ha sabido de- «mostrar cómo debió vivir el que sabia morir de esta suerte...» Y en otra parte: «¿Quién podrá recusar á san Ignacio y á su Ins- «tituto el título de grandes? En el orden de la pujanza y del ge-

¹ *Anales filosóficos*, tomo I.

² *Boletín de Europa*.

³ *Del jesuitismo antiguo y moderno*, por el abate de Pradt, antiguo arzo- bispo de Malinas.

«nio, se cometeria una gran injusticia en rehusarles el primer ran- «go. Ignacio fue un gran conquistador, y se vió dotado del genio «de las conquistas. Sí, Ignacio fue grande: grande entre los gran- «des, grande con una magnitud desconocida hasta su época. «Conquistador de una nueva especie, por medio de unos sacer- «dotes inermes, no solo se hizo dueño del mundo por espacio de «doscientos años, sino que en medio del mundo ha logrado plan- «tar un árbol de raíces eternas, y que se regenera bajo el hierro «que lo mutila. Si todo esto no prueba grandeza de genio, diga- «senos entonces en qué consiste, porque no es dado á la medianía «erigir tales colosos.»

Estos elogios, que la fuerza de la verdad arranca á los entu- siasmos impremeditados, pero que la historia no puede sancionar sino después de un profundo exámen, son un homenaje extraor- dinario tributado á la Compañía de Jesús. Nosotros, que solo los aceptamos por lo que valen, estamos convencidos de que en vez de detenerse en estas frases, conviene analizar á esos literatos que tan admirables parecieron á los adversarios del Instituto.

La Sociedad creada por Loyola, ni ha tenido necesidad de en- grandecerse, ni se ha visto precisada á esperar años ó siglos para ver nacer en su seno Jesuitas ilustres. Bajo este punto de vista, no ha tenido jamás infancia; ó lo que viene á ser lo mismo, la Sociedad ha salido de manos de san Ignacio como salió el primer hombre de las del Criador, en toda la plenitud de la edad y de la energía. Atletas indómitos casi todos los Padres de la fundacion, al par que oradores tan diestros en el arte de excitar como en el de calmar á las masas, aparecieron en un momento crítico para el catolicismo. La nave del Pescador se hallaba agitada por los huracanes de la herejía, que aceptaban como una enseña iza- da contra Roma muchos apóstatas de elevada capacidad, algu- nos príncipes de extraordinario valor, y numerosos pueblos aluci- nados. En todas partes se veía el peligro; do quiera se dejaba ver una borrasca. La Silla apostólica buscaba entre tanto corazones robustos para hacerla frente; talentos superiores para conjurarla, y caracteres de hierro para contrarrestar á la vez las pasiones que desencadenaban Lutero y Calvino, y los vicios que servian de pretexto á estas pasiones. Estos hombres solo podian hallarse entre los Jesuitas. Visto que los sectarios minaban por su basa los fundamentos de la Iglesia, acriminándola en sus costumbres, en

sus dogmas y tradicion, no solo se ofrecieron á defenderla, declarándose por estado, por vocacion y en masa sus campeones mas audazmente adictos, sino que precipitándose solos sobre la brecha, acudieron solos á la vanguardia, solos á las luchas teológicas, y solos en medio de los revoltosos á mano armada.

Necesitábase mas que audacia para emprender semejante tarea; porque, si con la audacia se puede morir generosamente, no se neutralizan con ella, sin embargo, unas doctrinas popularizadas por el desencadenamiento de las pasiones. La ciencia era aun mas indispensable que la osadía: estos soldados de la fe se hicieron sabios, pero sabios que lo fueron mucho mas en la práctica que en la teoría. Laynez y Fabro, Salmeron y Pasquier-Brouet, Le Jay y Canisio, Bobadilla y Estrada, Araoz y Borja, no inauguraron por cierto la propagacion del Instituto á favor de las obras literarias; sino que viendo que en una época de disolucion, jamás ejercería la pluma sobre las masas el prestigio que tenia para ellas la palabra ardiente, se hicieron tribunales del catolicismo, antes de pensar en hacerse sus doctores.

La posición guerrera que habian tomado, y que han guardado constantemente sus sucesores, les permitia pocas horas de libertad; pero cercenábanse al sueño, y las consagraban al trabajo. Mientras que Loyola dirigia su marcha á través de ambos mundos, mientras que se ocupaba en la elaboracion de las Constituciones de su Orden, pedian ellos á la ciencia que fortificase sus discursos, y escribian. Javier, desde el fondo del Oriente, dirigia á sus hermanos cartas sobre las misiones, redactaba un *Compendio de doctrina cristiana*, y le comentaba en idioma malabar. Al propio tiempo Laynez para descansar de las fatigas oratorias se abismaba en sus estudios, y trazaba sus *Prolegómenos sobre la Escritura sagrada*, sus cuatro *Libros sobre la Providencia y la Trinidad*, y sus *Tratados sobre el cambio y la usura, la pluralidad de beneficios, el adorno de las mujeres, el reino de Dios, y el uso del cáliz*. Como teólogo del concilio de Trento, explicaba su sentir sobre los Sacramentos, y legaba á los predicadores un plan instructivo; en tanto que Le Jay, bajo el epígrafe de *Espejo del Prelado*, recordaba á los obispos unos deberes que les importaba tener siempre presentes. Diez y seis volúmenes en folio, publicados sucesivamente en Madrid, Brescia y Amberes, justifican la profunda sabiduría de Salmeron, teólogo, orador y diplomático, que si tuvo que luchar

como sus hermanos, estos combates solo sirvieron para comunicar mayor ardor á su espíritu.

Pero estos hombres, como la mayor parte de aquellos cuyas obras vamos á enumerar indicando su objeto, no pensaban que su solo estilo les mereciese la consideracion de los siglos. Vivian en una época en que se esmeraban poco en pulir el lenguaje, en que el pensamiento se daba á conocer mas bien por inspiracion que por cálculo, y en que las imágenes secundaban al raciocinio, sin haberse dejado jamás este poner en tortura para producir el efecto. No tenian tiempo ni voluntad para redondear sus periodos, para combinar los resortes de su ingenio, ó para detallar esas felices peripecias cuyos modelos iban á suministrarles otros escritores mas desocupados; en una palabra, no gastaban sus horas ni sus dias en inventar frases elegantes. Inteligencias tan vigorosas como su siglo, al par que genios viriles, que desde la soledad se lanzaban á la arena donde se chocaban las discordias religiosas, no se les vió jamás transigir con la vehemencia de sus ideas; jamás atacaban con armas corteses las doctrinas que Lutero y Calvino arrojaban como metralla en la pelea. La lengua de Ciceron era tambien la suya; pero es inútil buscar en su latín, algunas veces degenerado, la amplitud del estilo, la gracia de la forma, ni ese consumado aticismo que el orador consular evocó bajo las sombras de Túsculo, ó que Horacio transmitió á sus versos al ruido de las cascadas de Tivoli.

Los primeros Jesuitas no escriben por cierto para defender á Milon acusado, ni para dar gracias á los dioses por haber otorgado el imperio á Octavio Augusto; sino para reparar por medio de la ciencia el dogma católico minado por la herejía. Hijos de un siglo entusiasta por las contiendas teológicas, no van á exigir de Erasmo el secreto de su pretendida sencillez y el arte de ser siempre nuevos como él: no abrigan tampoco en sus corazones esa fria indiferencia que transige con todos los partidos, para transmitir, en sus voluptuosos ocios, á las generaciones futuras reglas de saber y buen gusto. Aleccionados por el ejemplo de los discípulos que Lutero y Calvino dejan tras sí, los Jesuitas sienten que solo se trata de conmover fuertemente á los pueblos, de convencer los entendimientos, y de raciocinar en fin; y raciocinaron, y desarrollaron con lucidez el abstracto tema sobre el que eran llamados á dar una nueva vida á las tradiciones católicas.

Adulterábanse los textos de la sagrada Escritura, truncábanse los de los santos Padres, violentábanse á la historia, para obligarla á confirmar por los hechos el gérmen de la herejía que marchaba con rapidez á la conquista de Europa. Los Jesuitas se ocuparon en restablecer el sentido genuino de los Libros sagrados, escudriñaron el arsenal de la Iglesia, con el objeto de demostrar que no se habian forjado en él las armas que contra ella se empleaban; y si en el calor de estos debates, si en esta aglomeracion de pruebas y sucesos, se descubre alguna que otra vez una idea expresada con elegancia, ó alguna página en que la fuerza de la verdad arrastre tras sí la elocuencia del escritor, solo se debe atribuir á la inspiracion, y jamás á la voluntad. El escritor, cualesquiera que fuese, nunca se limitaba á resultados tan mínimos: corría á su objeto, le alcanzaba, y salvaba la fe; su trabajo material nada tenia que ver en este debate.

Desde el nacimiento de la Orden de Jesús hasta el siglo XVII, los hijos de Loyola, colocados constantemente en nuevos campeonatos, no pensaron jamás en engalanar sus obras con ese colorido que inmortaliza las creaciones del ingenio. Muéstranse docetos y vigorosos, fríos como la razon, implácables como la verdad, triunfan en la lucha por medio de la erudicion ó de la lógica, de la destreza ó de la pasión; pero los lectores distraídos no advierten por lo general, en sus obras, incluidas las de Maldonado y Belarmino, mas que largas controversias en las que la ciencia no ha tratado jamás de hacerse apreciar por la elegancia del estilo. Los primeros Jesuitas parecieron no ambicionar esa gloria tan estimada de sus sucesores, de los Perpiñan, Guerrieri, Cossart, Bouhours, Tucci, Mariana, Rapin, Berthier, Commire, Juvency, Vanier, Brumoy, Bartoli, Porée, Sanadon, Baugeant, La Rue y Giannatazzi: su pluma era una espada de dos filos, y sirviéronse de ella en defensa de la sociedad religiosa y civil; pero sus obras, sepultadas hoy en el polvo de las bibliotecas, sus obras, compuestas con arreglo á las proporciones exigidas por sus contemporáneos, han sido mas eficaces para salvar la Religion y la moral, que todos esos volúmenes en que los ingeniosos escritores pulen un pensamiento como el lapidario pule un diamante.

En derredor de estos ingenios, admirables en su especialidad, pasaron á colocarse algunos otros doctores muchas veces iguales,

y algunas superiores á sus maestros. Canisio fue el primero. Canisio, á quien los Protestantes, por una alusion á su nombre, llamaban el Dogo austriaco, *Canem austriacum*; pero este Dogo sabia tener á raya á los lobos que se unian para dispersar el rebaño de Jesucristo; pero este hombre, cuya presencia era un favor otorgado á los príncipes, y cuyos consejos eran órdenes para los pueblos, fue sin disputa el sugeto mas laborioso y mas instruido de su siglo; pero este Jesuita ha sido á la vez historiador, adionista, polémico y asceta; y en cada una de sus páginas se encuentra una novedad. Ora conteste á las *Centurias de Ilirico*; ora redacte sus *Ejercicios académicos*; ya refiera las vidas de los Santos de Helvecia; ya publique las cartas escogidas de san Gerónimo; bien se improvise el editor de san Leon el Grande ó de san Cirilo Alejandrino, siempre echarémos de ver el mismo escritor, suscitando do quiera á su paso la pública admiracion, y no encontrando en sus rivales mas que entusiastas. Los cardenales Osio y Baronio celebrarán sus alabanzas; Lorenzo Beyerlinck, Sebastian Veron y Enrique Sedlius, Francisco Agrícola, Guillermo Eysengreim, Andrés de Saussay y Ferreolo Locrius, no cesarán de elogiar su gloria literaria. Pero aun se hallaba este Jesuita en todo el vigor de su talento cuando produjo la Compañía otros nuevos campeones, como Possevino, Auger, Hofféo, y esta reciente generacion que, desembarazada un instante de los debates luteranos, va á coger en un estudio menos gravoso una palma que jamás se marchitará.

Possevino no tiene únicamente la erudicion de los maestros: dotado del genio de las lenguas al par que instruido diplomático, dejará observar en sus obras su triple vocacion de sacerdote, jesuita y negociador público. Verémosle escribir la *Perpetuidad del sacrificio de la misa*, el libro del *Soldado cristiano*, y su tratado del *Honor y pacificacion de los reyes*. Después de confundir el orgullo del famoso apóstata Pedro Viret; después de publicar las *Causas y remedios de la peste*, con una sola palabra que los príncipes acostumbra á respetar, prevendrá al Czar de Rusia *Contra los comerciantes ingleses*. ¡Grande y sublime leccion, que no llegarán jamás á comprender lo bastante todos los monarcas y todos los pueblos! En ella le verémos referir con detalles interesantes sus diversas embajadas; él nos revelará la manera de educar á los niños; pronunciará su dictámen respecto á los cuatro autores, cuyos nom-